

Fernando el tratado de Pilsen por el cual el elector de Baviera volvía al lado del emperador y ponía á disposición de este un ejército de 10.000 hombres, con lo cual quedaba hasta cierto punto restablecido el equilibrio entre los dos partidos. Los imperiales hicieron frente á Wrangel entre Eger y Pilsen, y los españoles, que bajo la impresión de las pérdidas sufridas en su lucha con Francia habían llegado á una inteligencia con los holandeses, tomaron la ofensiva obligando á Turena á acudir en auxilio de los suyos. De nuevo parecía que la fortuna se inclinaba del lado de los imperiales: Wrangel hubo de retirarse á la Baja Sajonia por Turingia; el desdichado territorio de Hesse volvió á ser invadido y devastado por el ejército del emperador; los españoles ganaron nuevamente terreno en Cataluña apoderándose de Lérida, y el archiduque Leopoldo Guillermo avanzó hasta el Sambre, tomó Landrecis y, unido con las tropas del duque de Lorena, amenazó á la Picardía. Todo volvía á ser objeto de lucha así en el teatro de la guerra como en el congreso de la paz. En aquellos momentos en que el emperador adoptaba de nuevo su antigua actitud intransigente, Federico Guillermo de Brandeburgo presentó y defendió, aunque en vano, el proyecto de formar, en unión de Sajonia de Brunswick y de Hesse, un tercer partido independiente que obligara al emperador á firmar la paz, es decir, lo mismo que en otro tiempo se había propuesto Wallenstein. En vista de esto el emperador hizo todos los esfuerzos imaginables para atraerse al elector de Brandeburgo y en unión con él arrojar de Alemania á los suecos. Para lograr este propósito, ofreció á Federico Guillermo no solo toda la Pommerania, base de las negociaciones seguidas en Osnabruck con Suecia, sino, además, los cuatro obispados que según aquellas negociaciones debía recibir como compensación de la parte de Pommerania que cedía á los suecos y la jefatura militar y el directorio del círculo de los círculos de Baja Sajonia y de Westfalia. Todos estos ofrecimientos eran una fuerte tentación para el director, cuya situación diplomática en el congreso de la paz era sumamente comprometida; pero Federico Guillermo supo resistirla y rechazó cuanto el emperador le ofrecía. Acertó al obrar así, porque muy pronto se vio que los triun-

fos militares de los imperiales eran pasajeros. Con efecto, muy poco después las armas sueco-francesas reconquistaron la supremacía, y dicho se está con esto que el elector de Brandeburgo se habría visto entonces completamente perdido si antes hubiese aceptado los ofrecimientos de Fernando.

En la primavera de 1648, Turena volvió á pasar el Rhin por Maguncia y se unió á Wrangel para invadir de nuevo Baviera á fin de castigar al elector bávaro por haberse separado del tratado de neutralidad. Franceses y suecos avanzaron hasta el Lech y al llegar á Zusmarshausen les salió al encuentro un ejército bávaro imperial que, desde la muerte de Gallas, mandaba el antiguo general hessense, el protestante Melander, á quien el emperador, en recompensa de haberse pasado á sus filas, había nombrado conde imperial de Holzappel. En 17 de mayo de 1648 se trabó la batalla, que terminó con la derrota y muerte de Melander y cuyas consecuencias fueron la fuga de Maximiliano y la dispersión de su ejército. Las tropas de Wrangel asolaron el territorio bávaro mientras otra parte del ejército bohemio, á las órdenes de Koenigsmarck, penetraba en Bohemia. El emperador huyó á Linz y á fines de julio se presentaron los suecos á las puertas de Praga y se apoderaron del barrio de esa ciudad conocido con el nombre de Kleinseite (Lado pequeño).

Toda resistencia del emperador era ya imposible. Los Estados comenzaban á pensar seriamente en el congreso si debían firmar la paz, cada día más necesaria, en nombre del Imperio y sin intervención del emperador ni de la casa de Austria. Los suecos penetraron también en Bohemia por Silesia y se apoderaron de Tabor; el conde palatino Carlos Gustavo, nombrado por los suecos generalísimo del ejército, desembarcó con nuevas tropas y se dirigió á Bohemia remontando el Elba, y Wrangel se dispuso á proseguir desde Inn su movimiento de avance. Al mismo tiempo Condé conseguía en 20 de agosto una brillante victoria sobre los imperiales en Lens, en los Países Bajos. Preparábanse ya los suecos á bombardear la Ciudad vieja (Altstadt) de Praga, cuando llegó la noticia de haberse firmado la paz en Munster y en Osnabruck.

LIBRO TERCERO

LA PAZ DE WESTFALIA Y LAS CONSECUENCIAS DE LA GUERRA

SE FIRMA LA PAZ

Había comenzado la funesta guerra por una contienda sobre los derechos políticos y religiosos de los súbditos del emperador en los territorios hereditarios de este; por las mismas causas habíase extendido la lucha por todo el Imperio y al fin se había convertido en verdadera lucha por la existencia entre el catolicismo y el protestantismo por un lado, y entre el poder imperial y la independencia territorial por otro. Las importantes cuestiones jurídico-constitucionales y religiosas que durante los años que precedieron á la guerra se había intentado, aunque en vano, resolver por medio de negociaciones bajo los gobiernos débiles de un Rodolfo II ó de un Matías, habían originado una lucha que por espacio de una generación entera asoló y arruinó terriblemente los distritos de Alemania, haciendo de ellos campo de batalla de los ejércitos de naciones extranjeras. Esta intervención de las potencias había precisamente dificultado de una manera extraordinaria la obra definitiva de la paz que tan imperiosamente reclamaba la vida política, moral é intelectual de Alemania, puesto que no eran ya los miembros del Imperio los únicos que entre sí debían ponerse de acuerdo para remediar los gravísimos males que padecía el cuerpo imperial germánico, sino que el remedio estaba inseparablemente enlazado con la solución de los conflictos internacionales. Las cosas habían llegado á un punto tal que el pueblo alemán en su conjunto se hallaba despojado del derecho de decidir acerca de las formas de su propia vida política, y que el arreglo de toda cuestión que afectara á la constitución del Imperio dependía de si se podía llegar, y en caso afirmativo hasta qué punto, á una inteligencia con las potencias extranjeras. Entonces se vio claramente cuán funesto era para la totalidad del Imperio que los miembros del mismo se vieran cada día más obligados á invocar el auxilio extranjero para dirimir sus contiendas intestinas. Así como el emperador había acudido á España, con cuya familia real estaba emparentado, así también los protestantes solicitaron y obtuvieron la ayuda, primero de Dinamarca, después de Suecia y finalmente de Francia. Por esto cada uno de esos Estados se creyó con derecho no solo á exigir por los sacrificios hechos para la guerra una indemnización que únicamente podía satisfacerse desmembrando el desdichado Imperio, sino también con el derecho y en el deber de echar en la balanza el peso de su importante palabra para resolver los asuntos interiores alemanes que habían sido causa de toda la guerra. Esto era una ventaja para el protestantismo alemán, pues de esta suerte veía aseguradas por la garantía de las potencias extranjeras las concesiones que en el tratado de paz se le otorgaran y que

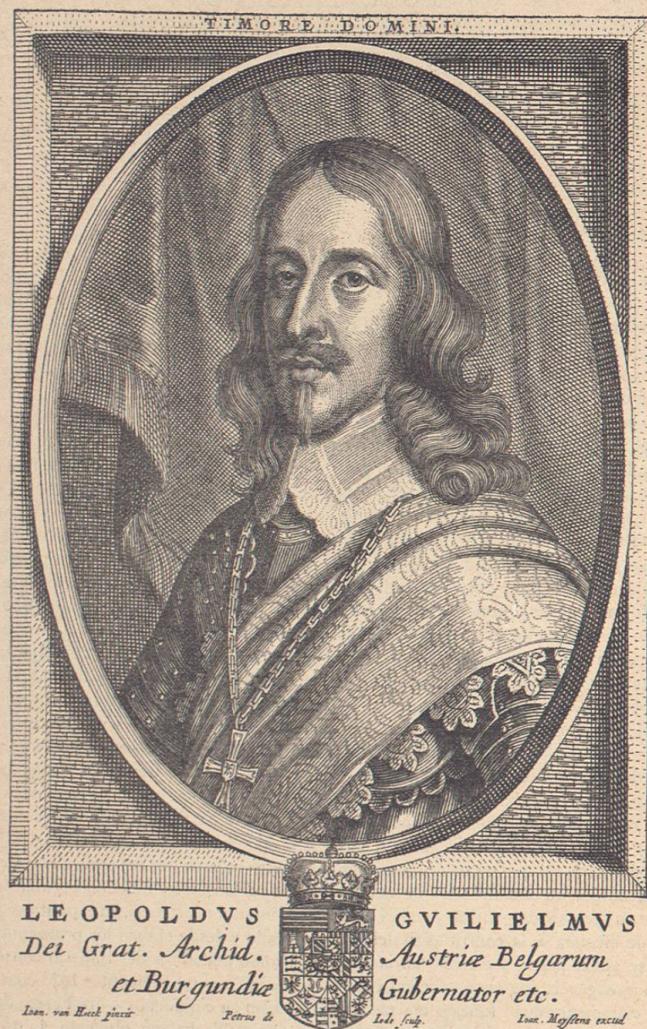
el emperador no habría hecho nunca sin la presión de los Estados extranjeros; pero para el Imperio era un perjuicio que quizás no podría nunca ser reparado. Las cuestiones religiosas y políticas del Imperio quedaban allanadas por un convenio, no entre este, sino entre sus distintos miembros y las potencias extranjeras, cosa que ningún otro Estado europeo hubiera en modo alguno tolerado. Lo que era un hecho desde las discordias surgidas en las últimas dietas, desde que todas las instituciones comunes habían quedado relegadas á segundo término ante la disidencia religiosa, se convertía entonces en un estado de derecho en toda forma: el Imperio germánico en su conjunto dejaba de ser un Estado, apareciendo cada vez más en lugar de él los Estados parciales.

¡Cuán distinta habría sido la situación si el emperador hubiera concedido antes espontáneamente lo que entonces había tenido que ir concediendo poco á poco bajo la presión de los desastres militares y la garantía de las potencias extranjeras; si hubiese dispuesto la paz de Praga tal como la había proyectado Wallenstein! Entonces habría sido posible agrupar á todos los príncipes alemanes en torno de la bandera imperial, uniendo á católicos y á protestantes en la resistencia común contra toda intervención extranjera; pero ni Fernando II, ni tampoco Fernando III en la dieta de Ratisbona de 1640 á 1641, se habían mostrado dispuestos á seguir aquella senda que habría podido conducirles á una política verdaderamente nacional. Como Carlos V en otro tiempo, así persistieron esos dos soberanos hasta el último momento, es decir, hasta que las influencias exteriores hicieron imposible toda ulterior resistencia, en el punto de vista en que se habían colocado y desde el cual los protestantes no eran considerados como miembros del Imperio con derechos iguales á los demás, sino como elementos bajo ciertas condiciones tolerados. Con su conducta los dos Fernandos, como en otro tiempo Carlos V, habían obligado á los protestantes, que no querían ni podían someterse á un Imperio de tal modo concebido, á buscar su salvación en una alianza extranjera que de todas maneras había de ocasionar grandes pérdidas territoriales y que entonces tuvo por consecuencia la intervención permanente de las potencias extranjeras en los asuntos interiores del Imperio.

Basta examinar claramente y en todas sus consecuencias esta situación para comprender las grandes dificultades que habían de ofrecerse para llegar á una paz que satisficiera á todas las partes y que zanjara todas las cuestiones pendientes. Y no sólo eran la multiplicidad é importancia capital de estas cuestiones lo que tanto dificultó las negociaciones entabladas, sino muy principalmente la situación distinta en que para cada una de ellas se colocaban los diversos partidos. Dada la índole en conjunto de las cuestiones que de-

bien ser resueltas, era natural que casi se hablara de que tales negociaciones se siguieran por Francia y Suecia de una parte y por el Imperio de otra; es más, podía decirse que el Imperio, como colectividad, no estaba representado en el congreso, pues en este caso el emperador no podía asumirse

esa representación porque él mismo estaba como partido hostil enfrente de una parte de los miembros del Imperio y porque, en su consecuencia, sus propios intereses habsburgo-austriacos no solamente no coincidían con los del Imperio, sino que bajo muchos conceptos eran contrarios á los mis-



El archiduque Leopoldo Guillermo

Facsimile del grabado de Pedro de Iode, el joven, nacido en 1606. Cuadro original de Juan van den Hoeck (1598-1651)

mos. Precisamente la desgracia de la historia nacional alemana estriba en que el Imperio de los Habsburgos atendía exclusivamente á sus intereses internacionales, que distaban mucho de coincidir con los del cuerpo imperial. Mas aun prescindiendo de que el Imperio germánico no se presentara en aquel congreso de paz siempre compacto enfrente de las potencias extranjeras, la situación de los distintos miembros del mismo entre sí y respecto del emperador no era igual en todas las cuestiones. Así como el emperador no había tenido en los últimos años á su lado, aun tratándose de cuestiones religiosas, á todos los Estados católicos, así tam-

bien el antagonismo fundamental entre católicos y protestantes, que había informado, por lo menos en lo principal, la agrupación de los partidos en materias de religión, cedia su puesto, en las cuestiones territoriales, á otro derivado del hecho de que los intereses territoriales de Austria-Habsburgo estaban en abierta oposición con los de algunos Estados católicos, especialmente con los del elector de Baviera.

Así las cosas, ¿cómo era posible la unidad, ni siquiera relativa, en las negociaciones con los Estados extranjeros? Ocioso es decir cuánta ventaja podían estos sacar de este estado de desbarajuste en que el Imperio se encontraba si

sabían utilizar hábilmente estas dificultades intestinas en provecho de sus intereses. La verdad es que el Imperio debió sufrir muchas más pérdidas de las que en realidad sufrió, si las potencias se hubiesen mantenido unidas enfrente de aquel organismo desgarrado por interiores discordias. Por

fortuna no fué así: siendo de índole religiosa-eclesiástica la mayoría de las cuestiones que debían resolverse, necesariamente había de evidenciarse, y realmente se evidenció, que una de las potencias extranjeras era, por su modo de ser íntimo, protestante, y la otra católica. Lo único que las había



El conde palatino Cárlos Gustavo

Facsimile reducido de un grabado de Cornelis Galle, el joven (nacido en 1600 ó 1605)
Cuadro original de Anselmo van Hulle (A. Hebbelynck) (1594-1665 ó 1668)

juntado y mantenido unidas había sido el odio hácia la casa de Habsburgo; de manera que, en cuanto no se trataba de este odio, inmediatamente surgían las diferencias religiosas. Francia había hecho indudablemente la guerra ante todo desde el punto de vista de su política europea, y á esta conveniale que los protestantes alemanes no quedaran completamente vencidos por el emperador, sino que se mantuvieran en condiciones de volverse á alzar contra el poder imperial el día en que este tomara demasiado ascendente. Hasta

este punto, pero no más que hasta este punto, estaba Francia dispuesta á apoyar en las negociaciones á sus aliados, los protestantes de Alemania: en lo demás estaba al lado de los príncipes católicos, especialmente en todas aquellas cuestiones en que los intereses de estos estaban en pugna con los del emperador, porque para Francia el interés capital de la guerra y por ende el de la paz no estaba en el antagonismo entre las religiones protestante y católica, sino en el que existía entre el emperador y los príncipes alemanes, fuesen

